

LA PROTESTA

DIARIO DE LA MAÑANA

(PORTE PAGO)

Buenos Aires, Octubre 4 de 1904

ESCENA DEL DIA.

CALLEJERA.

—No puedo pasar! Da vueltas la digo! —Voy hasta la media cuadra, agente; me va hacer perder un viaje.

—Muy bien, lo digo! Da vueltas y pronto entenderé!

—¡Ni que fueras resort!

—¡Qué dice!

—Pagar qué tonel! ¿Dónde lo ha comprado? —¿Por donde salió?

—A que lo hago dir preso enseguida!

—A ver el número!

—Cero... y uno! Pero a la izquierda, ¡No valgo para yo! —Mito bien; diez puntos.

—Mito bien; diez puntos. —Tú no te bries. Ya estás acocho, sabes! Presentes, ahorra clismo en la comisaría. (Allí lo van a dar).

—Ya te lo mítche! —Y con su paro pena e muerto, avinal! Escucha el canto.

—De miel me estoy mareando.

—Interrumpo el diálogo otro cocho que llega. —Por el pueblo también. Al verlo el agente corrió a detenerlo.

—Hoy es el primer auriga:

—Por el culto del Perro.

—No se puede pasar.

Ni por ninguna ya, en hacer siquiera una estación en la comisaría. Da vueltas, pronto, ó te tomas el número con orden de presentarte. Y todo ipso quod! Parque una cosa es que te den la orden de que te regresen y que no asumas que te quieren detener, y el transporte de arena y viveres para los japoneses.

Fuerza del ejército de Kuroki tomaron la posición importante posición al este de Jentai.

—No ha cambiado la situación de los ejércitos beligerantes, habiéndose estacionado los rusos en Tio-Ling y los japoneses a algunas millas de Jentai, entre esta ciudad y Liao-Yang.

—Los ejércitos rusos en operaciones, avanzan en la Manchuria a 600.000 hombres.

cuyo número será brevemente remontado con el de los rusos, a 800.000. Se dividen en tres cuerpos de batalla, mandados respectivamente por los generales Linievitch, Orlinberg y Mayonteroff.

Revolución Uruguaya.

El presidente Batlle y Ordóñez resolvió

acordar un nuevo armisticio a los insurec-

tistas para lo cual se le irámitido inmediata-

mente un telegrama al coronel Basilio Saravia, para que suspendiera las operacio-

niones de los buques que se sentaban en

las gradas de los antiguos tronos. Hoy

divierten a la sociedad triunfante, que

quien les paga bien, demasiado bien pa-

ra lo que valen sus obras, pero ese pre-

cio no quieren los que encima de

este estima la propia dignidad y la sa-

satisfacción de sí mismos.

Son hijos del pueblo muchos artistas y

que han ido á él, lo han conocido y le han amado. Novelistas, dramaturgos, poe-

sos, músicos, pintores, han llevado al te-

atro y á los libros, y á los linceos, y á los

partes y por todos los medios, las

lóstadas del pueblo, y han dado formas

hasta sus esperanzas. Pero el pueblo,

que ha dicho algunos, no les ha comprendo-

do, no ha sabido apreciar su labor re-

denadora.

Al pueblo no le han enseñado a com-

prender; solo se ha procurado hasta hoy

engañarlo y embriagarlo para explotarlo

mejor. La sociedad actual está organiza-

da para que el mayor número sirva a

unos pocos, á los privilegiados, que go-

zan de la abundancia y de los refinamien-

tos del placer, mientras que por todos los

medios se procura que los productores

salgan nunca de su condición de hec-

tas de carga, más aptos para el servicio

cuanto más inferiores son sus pensa-

mientos y su sensibilidad. Por otra

parte, fomentada la ignorancia general por

medio de ridículas supersticiones, care-

ciendo muchos trabajadores de personalid-

ad, viéronse arrastrados á renunciar por-

permite las afecciones y gustos de las cla-

sas superiores. Tres formidables procedi-

mientos han usado las clases directoras

para mantener embrutecido al pueblo, la

autoridad, la religión y el mal ejemplo.

Sin embargo las leyes naturales de la

evolución no han podido claudicar, y las

llamadas clases inferiores han ido transfor-

mándose, viéronse arrastrados á renunciar

permite las afecciones y gustos de las cla-

sas superiores. Tres formidables procedi-

mientos han usado las clases directoras

para mantener embrutecido al pueblo, la

autoridad, la religión y el mal ejemplo.

Ruth observó el movimiento de rabia que

impresionó á Emilio.

—Por hoy ha concluido, dijo dirigéndose á Luisa.

Esta se inclinó y besó del estrecho.

—Venga usted mañana, le dijo, quisiera dejarle.

—Sí, señora, respondió la joven timidamente.

—Siéntese, decidió á salir dirigió sin pre-
guntas ni mirada suplicante á Emilio. Esto

hizo ademáns de que la muchacha parecía

desorientada.

—Quédete tú sola..., le dijo en voz alta.

—Quédete tú sola..., le respondió compasivo;

pero hasta después de haber

separado á Ruth no comprendió que jamás

había amado verdaderamente á Luisa.

—Sí, Ruth, te diré lo que pasó.

—Yo te diré lo que pasó.

